

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo lo confieso: en muchas cuestiones suelo encontrar que tienen su parte de razón los que sostienen tesis contradictorias. La contradicción, a veces, no reside sino en lo aparente, y si se va al fondo de las discusiones, resulta que todos dicen algo verdadero.

Aplico esta observación a los toros o, mejor dicho, a los toreros, ahora que las cogidas cruentas, espantosas, van multiplicándose.

Unos, al saber la última y más sangrienta, exclaman: «¡Pobrecillo! ¡Y su familia, cómo quedará!» Eso es una compasión, mientras que otros refunfuñan coléricos: «¡Así los enganchasen a todos por la barriga; se acabaría más pronto una cosa que nos avergüenza y que en Europa ha venido a ser nuestro símbolo nacional!»

Para ponerlos de acuerdo, habría que decir a los primeros que la piedad debe ofrecerse a todo el que sufre, pero sin que, en el caso presente, lleve envuelto ni un adarme de admiración simpática; y a los segundos, que odien el delito y compadezcan el delincuente; que tengan humana lástima del infeliz a quien la cornada desgarró la garganta, pero que reprueben con tesón la bárbara lidia, y trabajen por desterrarla o al menos por reducirla a proporciones que no nos asfixien.

Llamo delincuente al torero; y, cabe llamárselo, si pudo encontrar otra manera de vivir, que no parece imposible siendo bravo mozo, de fuertes brazos; pero más delincuente llamo al público, que no vive sino para los toros, al cual nunca falta dinero para llenar la plaza, que gasta en esto lo que escatimará en la salud de los nenes y en la substancia de la olla; y llamo más delincuentes a cuantos sostienen y exacerban este delirio taurómico, a cuantos lo explotan, a cuantos lo popularizan, con artículos y gráficos... Porque esto no ha sido así en otro tiempo: no diré que no hubiese afición en España bajo Fernando VII; claro es que la había; pero quisiera yo que alguno de esos señores de estadística en ristre me comparase datos y me hiciese números, para aquilatar este extremo. Segura estoy de que es aterrador el incremento de la «fiesta nacional», sólo desde el último tercio del pasado siglo a los primeros años del presente. Hasta en el arte (recuérdese *El Colea*, de Benlliure, las novelas de Blasco Ibáñez y López Pinillos, etc.) puede observarse la invasión de la torería. La prensa consagra a este asunto la mitad del espacio de que dispone. Podrá dejar de publicarse el retrato del sabio que honró a su patria con útil labor; el del valiente que la defendió a costa de su sangre; el del profesor cargado de años y servicios, que ejerció constante su obscuro apostolado; pero no hojearémos un periódico con *manos*, sin ver la cara de un coletudo, sin encontrar la página entera dedicada a un quiebro o a la estocada de la tarde. También es este asunto en el cual pudieran tener relativa razón unos y otros. Los periódicos salen así, infestados de torería, porque el público, ávidamente, lo reclama. Para el público no hay otra miel tan sabrosa. Se va tras ella. Y el público es el amo.

Ahora bien, yo me pregunto: ¿cómo es que los socialistas, tan deseosos de mejorar la situación de las clases necesitadas, no ponen la proa a los toros, no les restan popularidad, severamente?

¿Será que los toros son más fuertes que ese formidable movimiento económico? ¿Será que, al oponerse al desbordamiento taurófilo, llevaban los socialistas las de perder?

Los socialistas, y los que los dirigen y piensan por ellos, no es posible que no comprendan que los toros dañan, principalmente al pueblo; digo los toros, en este grado de furor entusiasta, con plazas que por todas partes se alzan y rebosan gente, con un aumento

de precios aterrador para las pequeñas bolsas, y con un pulular de toreros principiantes, que sostiene ilusiones doradas en muchas humildes familias, persuadidas de que la fortuna puede improvisarse, mediante el arrojo sin arte ni habilidad de un muchacho resuelto a jugarse la vida. Ni a los principios ni a los fines del socialismo es conveniente esta apoteosis de la torería en tantas formas y manifestaciones, y, sin embargo, yo no veo que se trabaje para contener el desbordamiento. Creo que en Gijón y en Bilbao algo hacen los socialistas en este sentido; que se van de campo, con merienda, y la mujer y los chicos, el día que hay corrida en la ciudad; y no sabré decir lo simpática que encuentro tal determinación. Pero se me figura que mucho más pudiera hacerse. El socialismo es una fuerza en bastantes sentidos de la palabra. Si se colocase resueltamente frente a la oleada taurina, le serviría de dique. Una propaganda tan provechosa la aplaudiríamos sin reserva.

El quebranto económico que traen los toros a las masas populares salta a la vista. No consiste tan sólo este quebranto en lo que los pobres o casi pobres gastan, sino en lo que dejan de gastar en otras cosas, de primera necesidad muchas de ellas. Es tradicional que para comprar el tendido se empeña el colchón. Ninguna de las contribuciones y gravámenes contra las cuales se clama, perjudica tanto a los pobres como la afición a los toros. Se habla mucho estos días de lo reducidas, insalubres y mefíticas que son las viviendas de los menesterosos de Madrid. Proponedles que dediquen a mejorar de casa lo que consagran a hacer el caldo gordo a las Empresas, y de fijo que se rien. ¿No dirá a la *corría*? ¡Amos, hombre!

Y otro grave perjuicio que esta afición, invasora, creciente, causa a los menos favorecidos de la fortuna, es aumentarles la suma de barbarie, cerrarles el camino de la cultura compatible con su situación, la profunda cultura moral, que hace dignos y grandes a los pueblos. Un obrero puede, en esto, superar, no sólo a un señor, sino a un gran sabio, porque la cultura del sentimiento, no siempre va unida a otras formas de cultura, que pertenecen a la inteligencia, a la erudición, a la elegancia y al arte. Un obrero que piense derecho y delicado y proceda recto y justo, es un valor importantísimo, y la cultura moral, en las masas, un resorte de vida y de energía, un elemento de salud social. A todo lo contrario tienden los toros. No cabe negar que en ellos se aprende a ser cruel, bárbaro e inhumano. No es ni necesario, y hasta parece redundancia, demostrar cómo allí el fondo de fiera de la humanidad sale a la superficie, se muestra sin recato alguno, y dicta las acciones más groseras, las palabras más sucias, las intemperancias más descomunales. Que puede haber algo de artístico, en ocasiones, en el espectáculo, está fuera de duda, y yo lo he reconocido explícitamente; pero es un arte inferior y sensual, que remueve los posos de los atavismos feroces. No tiene allí la sangre la explicación de haber sido derramada por la patria, en nobilísimo holocausto. La sangre que revuelta corre empapando la arena, y mezclándose con la humana la de los animales sacrificados, se vierte para entretener a un público sin ideal, y procurar ganancias a industriales y profesionales del cruel deporte.

Y si esto sucediese de cuando en cuando, y no absorbiese la atención toda que la frivolidad de la masa no sabe encontrar en más nobles objetos, anda con Dios... Todas las naciones, hasta la saciedad se ha repetido, consienten espectáculos brutales, y no los suprimen. ¡Hay que transigir con tantas cosas! Sin duda la perfección no es de este mundo. Pero esos espectáculos son, en la vida de esos pueblos, un epifenómeno, algo accidental. Aquí los toros son la esencia, la medula, el númeno de la vida nacional.

Se ha pregonado aquí la conveniencia de combatir lo que puede desconcertarnos como nación, y se ha conseguido algo, no debe negarse, pero queda una tarea inmensa, una lucha, contra una ciudad como Madrid, que sólo piensa en la plaza, en la cogida, en el último favorito de la plebe — y ¡ay! no de la plebe tan sólo —, el novillerito que acaba de tomar la alternativa y viene a «quitar moños» y a dejarse ensartar con garbo... ¿Que el estado de las costumbres mejora? Así será..., pero acabamos de presenciar algo que revuelve el estómago, y es algo tradicional, y religioso, y cuanto se quiera: la romería de la Cara de Dios, que se verifica el Viernes Santo.

¿En qué consiste, se me preguntará, la tal romería? Iba a recordar una frase de Feijóo, pero es demasiado fuerte para los lectores, aunque no lo sea para el caso...

En cifra, la romería consiste en emborracharse, en tragar, en guitarrear, en requebrar mozuelas, que en coches abiertos, luciendo charros mantones de Manila, se pasean acompañadas de chulos beodos, armando la batahola y la algarabía consiguientes... ¡Y todo

ello, a pretexto de reverenciar la Santa Faz del divino Mártir, la faz pintada en el lienzo con los sudores de una agonía que tuvo por objeto establecer entre los hombres la paz, el amor, la pureza y la templanza!

¿Cómo se toleran estas saturnales? ¿Cómo se sufre que escandalicen a Madrid, en un día tan sagrado para los católicos y para todo cristiano, y tan respetable para cualquiera, aunque no tenga creencias de ninguna especie? ¿Cómo puede continuar este bochorno, y cómo no se prohíbe la romería de la Cara de Dios?

Los excesos de la borrachera, en tal día, superan a los que puedan cometerse en Noche Buena y en Carnaval, otras dos fechas en que los pellejos se pasean triunfantes por las calles de Madrid. Y cuando se piensa que, simultáneamente, se achispan y escandalizan unos, y otros se arrojan ante el altar, y besan los pies taladrados de Jesús, y todos creen ejercitar un acto religioso, el contraste, el viceversa de España se aparece más de bulto que nunca. ¿Es un pueblo cristiano el que elige para embeodarse y barbarizar las horas trágicas y solemnes del Viernes Santo?

Prescindiendo del sacrilegio hediondo que señaló este año la romería; y — sin temor lo diré — me parecen más repulsivos, o por lo menos tanto como el sacrilegio, los devotos de la singular devoción. El sacrilegio es, ya lo sabemos, un café; pero, ¿qué serán los creyentes, rebosando vinazo, ahitos de comidaza, embeberchados ante las jemas de mantón, y cometiendo desmanes que ni referirse pueden, so color de rendir homenaje a la Santa Faz que ultrajan? Cosa triste y para hacer meditar al más distraído.

Y toda esta chulapería coccante, que no andante; todo ese aparato de mantones de flecos y sombreros de fieltro blando; todo ese abigarrado color local, ¿no es cierto que parece anunciar el estruendo de las corridas, y que, detrás de las vociferaciones de los romeros chispas, se escucha el resoplido del toro y el jadeo de la multitud, irritada por el sol y por las libaciones? No me digan a mí que, en otro tiempo, chisperos y manolas asistían a esta fiesta. La manola puede gastar muy buen humor pero no llegar a la desvergüenza ni al embrutecimiento del vicio. La manola era algo muy simpático. La actual es la parodia de aquella manolera que si visitaba una iglesia lo hacía con sincera fe, aunque a la salida bromease y en las verbenas se divertiese de lo lindo.

Hoy, en Madrid, puede afirmarse que hace cada cual lo que quiere. Con excepciones no justificadas, las ordenanzas son letra muerta. Ahí están, por ejemplo, los balcones que no me dejarán mentir. Los veo entapizados, ¿creyerais que de ricas telas, al paso de una suntuosa procesión? ¡no!, de calzoncillos, camisetitas de punto, pañales de criaturas y calcetines con agujeros. El vecindario de Madrid cuelga la ropa que lava, en las fachadas, en las calles principales. No en barrios retirados, no en callejuelas oscuras. A dos pasos de la Puerta del Sol. Y luego se piensa en traer aquí Congresos del turismo y otros filitales.

Claro que está prohibido poner en las ventanas semejantes banderines. Lo está; pero una cosa es prohibir... También está vedado pedir limosna en la vía pública, y después de haber disminuido algo la plaga de pordioseros, estos días vuelve a arreciar. Los agentes pasan, mirando al cielo o encogiéndose de hombros.

Lo único que se cumple a raja tabla en Madrid es lo que se refiere al trayecto que se ha impuesto a los coches, en la Puerta del Sol y calles céntricas. El coche que desde la calle de Preciados necesite pasar a la del Arenal, tiene que dar una vuelta enorme, por gran parte de la Plaza Mayor, bajando por la de Herradores, y recorriendo la mitad de la del Arenal, para venir a salir al punto mismo de donde partió, sólo que un cuarto de hora después. No es decible el perjuicio y pérdida de tiempo que esto supone. Al comercio también se le molesta no poco con tales medidas. Se comprende tomar precauciones cuando, en días de mucha concurrencia y a la vuelta del paseo, se aglomeran los carruajes, y hay peligro de alguna desgracia; pero a nadie se le convence de la utilidad de la medida cuando aparece desierta, o poco menos, la Puerta del Sol... Al doler la cabeza, se toma como remedio cortarla.

Y dejo para otra ocasión hablar de las terribles, estorbosísimas carretas, con reata de tres mulas, pollino y can (amén de otros irracionales), que a cada paso impiden la circulación, y son más afortunadas que los coches, pues no se les pone ninguna cortapisa. Así aumentan que es bendición. Conté ayer catorce, sólo en la calle de Jacometrezo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.